

*A los miembros de la Congregación de la Misión:
Mensajeros de esperanza*

Queridos hermanos:

¡La gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen sus corazones ahora y siempre!

En esta, mi primera carta de Adviento, quisiera compartir con ustedes tres reflexiones y ofrecerles una aplicación práctica para nuestra vida de seguidores de Jesucristo, evangelizador de los pobres.

Tres reflexiones

La base de esta carta de Adviento está tomada de tres comentarios que he recibido en relación con mi circular del pasado 11 de septiembre.

1. Una persona hizo una hermosa reflexión, refiriéndose a lo que escribí sobre el “hacer regalos” y el darnos a nosotros mismos como regalo, diciendo: sería una realidad estupenda si todos nosotros, los llamados a ser fieles al espíritu de San Vicente, nos considerásemos a nosotros mismos como un regalo para aquellos a quienes servimos, sea en las misiones *ad gentes*, las misiones populares, el trabajo parroquial, la administración, los hospitales o la enseñanza. Preguntémonos, hermanos, “¿Me veo a mí mismo como un regalo?”. La Navidad, a la que nos prepara el Adviento, tradicionalmente es un tiempo de hacer regalos. **En este tiempo de Adviento, reflexionemos sobre nuestro propio darnos en regalo y sobre darnos a nosotros mismos como regalo a quienes servimos.**
2. Otra persona planteó una pregunta surgida al haber recordado yo que San Vicente nos llama a formar parte de la Iglesia universal. Se preguntaba qué tendríamos que hacer en las situaciones en las que las personas con las que trabajamos y compartimos nuestro ministerio están en conflicto con las enseñanzas de la Iglesia oficial. ¿Cuál es nuestra posición ante ellas? Mi respuesta a esta persona es mi respuesta a cada uno de nosotros, los que deseamos vivir el Evangelio de modo radical. Estamos llamados a ser compasivos hacia todos. En nuestras relaciones, miremos en primer lugar a la persona, como lo hizo Jesús, y compartamos de corazón el amor que Él tiene hacia esa persona.

Cuando estuve en el seminario, una vez alguien hizo un comentario sobre la “especificidad” de nuestra formación vicenciana. Se nos enseñaba en primer lugar a mirar y a amar a la persona como persona y luego a ayudar a esa persona a llegar a comprender la doctrina de la Iglesia relativa a su propia situación. Durante el Adviento hemos de reflexionar profundamente en la encarnación de la Palabra de Dios: “La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros” (Jn 1,14). El Evangelio revela con claridad que la mayor expresión del amor de Dios hacia la humanidad consiste en que Dios se hace uno semejante a nosotros. Estamos llamados a reflejar el amor de Dios hacia la humanidad en y mediante nuestros signos de compasión, mediante nuestra pasión por y con los que sufren. **Que este tiempo de Adviento sea un tiempo para reflexionar sobre la calidad de nuestra compasión, especialmente hacia los más abandonados.**

3. En otra nota, alguien comentaba mi carta y hacía referencia a nuestra vocación a conformar más radicalmente nuestras vidas con las vidas de los pobres, dejando que los pobres sean nuestros maestros. Esta nota prolongaba ulteriormente mi reflexión diciendo que nuestra formación debiera realizarse en un contexto de experiencia directa con los pobres. En este Adviento, en el que se nos invita a amar más profundamente al Señor, que eligió manifestar su amor naciendo pobre, hagámonos semejantes a Jesús y asimilémonos a los pobres, haciéndolo en y mediante nuestra cercanía a ellos. Les aconsejo que nuestros programas de formación inicial e incluso nuestros proyectos de formación permanente ofrezcan amplias oportunidades para el contacto con los pobres, poniendo el acento no necesariamente en lo que “podemos hacer por ellos”, sino más bien en lo que “podemos ser con ellos”, a fin de que podamos conocer y amar más profundamente al Señor Jesús que nos hablará a través de ellos. **¡Que este Adviento sea un tiempo de renovado compromiso en nuestro caminar más fielmente con el Señor y, por ello, en nuestro caminar más fielmente con los pobres!**

Una aplicación práctica

Durante el Adviento, les invito, hermanos, a estar más en sintonía con la Palabra de Dios que la Iglesia nos presenta cada día. Todos sabemos que en este tiempo especial del año existe una riqueza en la Palabra de Dios que nos llama a todos a una conversión personal y comunitaria, dándonos al mismo tiempo la gracia de edificar a aquellos con quienes vivimos e invitándonos a ser instrumentos de la transformación de nuestro mundo.

Les animo a que cada uno personalmente reflexione cada día sobre la Palabra de Dios. La experiencia de la *lectio divina* es

una práctica fácil que todos conocemos y usamos. Podemos hacerlo de manera muy simple, quizás antes de irnos a descansar por la noche, leyendo la Palabra de Dios y viendo cuál es el tema común existente entre la primera lectura y el Evangelio. Reflexionando sobre esa Palabra, antes de dormir cada noche y de nuevo por la mañana al despertarnos, podríamos hacernos a nosotros mismos esta pregunta: “¿Qué me dice la Palabra de Dios en mi actual situación de vida?”. Nuestras reflexiones personales pueden enriquecerse con comentarios escriturísticos como el “comentario diario” del sitio internet de la Familia Vicenciana. El sitio internet de la SSVP, durante este tiempo, está haciendo una reflexión semejante sobre la Palabra.

Les animo a que durante el Adviento compartan la Palabra de Dios en comunidad. Quizás la forma más provechosa sea compartir juntos las lecturas del domingo. Una buena práctica podría ser reunirse durante una hora para escuchar la Palabra de Dios del domingo siguiente y luego compartir esa Palabra preguntándonos qué nos dice personalmente y qué nos dice como comunidad. Tras dedicar aproximadamente una hora a compartir la Palabra, podríamos dedicar algún tiempo al intercambio de experiencias ocurridas durante la semana. Riamos y gocemos en mutua compañía. Éste es un modo real de profundizar nuestra reflexión comunitaria sobre la Palabra de Dios y de vivir esa Palabra en comunidad.

También me gustaría animarles, hermanos, a reunirse durante el Adviento con la gente con quienes comparten el apostolado o a reunirse con otros grupos de la Familia Vicenciana para reflexionar juntos sobre algún tema que la Palabra de Dios subraya durante el Adviento. Estoy asombrado de cómo la gente fácilmente puede poner en relación la Palabra con sus propias situaciones de vida. Ésta es una hermosa experiencia de fe que ciertamente me edifica y que puede servirnos de desafío a todos nosotros. ¿Qué dice la Palabra de Dios sobre nuestra propia realidad? ¿Qué dice sobre nuestras situaciones de familia? ¿qué dice sobre la vida de nuestro vecindario, de nuestro país o del mundo en el que vivimos? ¿Qué está diciendo la Palabra de Dios? ¿A qué nos está llamando Dios individualmente, como comunidad de fe o como miembros de la Familia Vicenciana? Como bien sabemos todos, con frecuencia somos evangelizados por aquellos a quienes estamos llamados a evangelizar. Reflexionemos en la Palabra de Dios para que, como Familia, nos desafíe a ser una voz profética para los pobres.

Éstas son algunas sugerencias que les ofrezco, hermanos, en este Adviento. La Palabra de Dios es rica en sí misma. Dejen que el Espíritu les hable y les conduzca individualmente, comunitariamente, unidos a la gente con quienes comparten su ministerio y unidos a la Familia Vicenciana.

Que María, siempre atenta a la Palabra de Dios, nos ayude a ser dóciles a la voz del Espíritu. Por su intercesión, pido al Señor que les bendiga y les llene a cada uno de ustedes, en Navidad y durante todo el Nuevo Año, de toda la alegría y la paz que Él viene a traernos.

Su hermano en San Vicente,

A handwritten signature in black ink that reads "G. Gregory Gay, C.M." in a cursive script.

G. Gregory Gay, C.M.
Superior General